



BIBLIOTECA VIRTUAL  
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA  
[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

**KARIMA TOUFALI**  
*Historias del olvido*  
[Fragmentos]

#### Edición impresa

Karima Toufali, *Historias del olvido* (2011)

#### En

Karima Toufali (2011) *Historias del olvido*. Melilla: GEEPP Ediciones (pp. 22-23, 44-46, 58-59, 82-82, 108-109, 122-123)

#### Edición digital

Karima Toufali, *Historias del olvido*. Selección de fragmentos. (2017)

Lola Bermúdez Medina (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes  
Junio de 2017.



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R) .



Universitat d'Alacant  
Universidad de Alicante



## *Historias del olvido*

Karima Toufali

Algalia buscó este lugar durante mucho. Mientras vivía en el poblado pudo ahorrar algún dinero y construir su hogar, lejos del bullicio de zocos y vecinos. Algalia se sumerge sola en su mundo, un universo de silencio. Precisa de esa paz tanto como los pájaros cuando anidan entre los ramales de árboles. El aire del campo da a Algalia color a sus mejillas, que quedan como dos brillantes frutos rojos, al tiempo que sus ojos negros destacan bajo grandes cejas azabache. La soledad le llena el alma de serenidad y aviva su aspecto, mientras que la ayuda que, modestamente y sin ánimo de lucro ofrece a los campesinos pobres, fisabilillah, engrandece su humildad.

Ha sido un día agotador para Algalia, como todos, pues sin falta, trabaja desde las nueve de la mañana hasta el atardecer, excepto los viernes, día de descanso. Algalia ya no es la moza joven que en su aldea natal saltaba entre los arbustos o brincando entre las piedras, esquivando los sapos del riachuelo. Pero a pesar de los años Algalia se maneja con viveza en su trabajo, con infinitas horas de entrega a su vocación de curandera, y en su rostro apenas se percibe signo de cansancio, pues la entrega es plena. Algalia adquirió de su bisabuela y luego de la abuela el arte de la medicina natural; "la cura fría" que llaman los imazighen. Algalia no aplica ninguna tarifa de precios a sus remedios y acepta lo que los aldeanos le ofrecen sin discutir ni regateos. Cuando ponen unas monedas en su mano, ni siquiera las ojea; lo que sea, sea bienvenido. Con la paz y alegría con que éstos se van ya se da por pagada.

A las seis de la mañana sale al exterior a barrer el portal, de tierra y piedras, y su limpieza se alarga hasta el cuartucho. Con sus manos espurrea algo de agua sobre la tierra seca que, de tanto crinar, ha quedado lisa como una alfombra natural. Luego riega la higuera que hay cerca de la puerta y algo de sombra da, y cuando el árbol no es atacado por ninguna plaga de ácaros ni insectos, bendice a Dios por premiada con buenos y hermosos higos. Al acabar su faena casera, organiza la curandería con ese desordenado orden que sólo Algalia puede atinar. Se pasa los días enteros en su cuarto de adobe que, para sus curas y anexa a la vivienda, le construyó su marido al tiempo que levantaban la casa principal. Ella dirigió el trabajo, que aunque es una obra simple, requería de esfuerzo y entendimiento: de planta rectangular, con un minúsculo ventanuco y una puerta bajita mirando hacia el Qibla.

El día que marchó a la Meca, Algalia como es de tradición, fijó en un chaflán del cuartucho una gasa blanca cuadrada sujetada a un mástil de caña. Y no volvió a quitada pensando que podía ser útil para los aldeanos que vienen de lejos y de esa forma pueden distinguir desde abajo de la colina donde comienza la pista: ¡Ahí, en la bandera blanca que hay en lo alto de esa casa!

Al entrar en el cuartucho uno debe inclinar la cabeza para no darse con la cabeza con el bajo dintel de madera, pintado de verde al igual que la puerta. La curandería de Algalia se presenta repleta de plantas secas colgadas en las blancas paredes de cal, láminas coránicas de letras doradas y una alfombrita que trajo de Meca [...]

\*\*\*\*\*

Hussayn viajó a lo largo y ancho del país, buscando calma a la angustia que comenzaba a emerger en su mente. Sensaciones extrañas, figuraciones que se perdían en lo profundo de una locura, de su estado confuso, agitado, oscuro, vacilaciones y dudas se porfiaban en su razón en un estado de intermitencia paradójica. Otras veces, descripciones hermosas y risueñas atenuaban momentáneamente su memoria. La vida de Hussayn habitaba un mundo incomprensible y agónico, soledades ansiadas en un universo tumultuoso. Hussayn pensaba que el hombre yacía aprisionado en lo superficial y progresivamente desatendía lo más profundo de su creación, lo sublime. Este pensamiento le enajenaba y lo comentaba a menudo.

Días antes de desaparecer le vieron en casa de sus vecinos Salahy Hadiya, sentado en el patio. Fue allí y se sentó directamente en el suelo. Salah le hizo levantarse para colocar una alfombrilla y evitarle el frío húmedo del suelo. Hussayn necesitaba hablar, despedirse de su estado lúcido antes de olvidar los buenos modales y las palabras coherentes, racionales. Su conversación era pausada y llevaba un sentido lógico a todas las cosas que planteaba, se extendía en sus confesiones, supo exponerlas sin el menor pesar, aunque en el fondo le aturdían y creaban en él un estado de desazón. Hussayn le expresó a Salah lo que le hubiera gustado ser en la vida. Soñaba con volar y pasar largas horas en el cielo, y lo que más amaba, pilotar grandes aviones. Era capaz de diferenciar el tipo de aviones con sólo verlos volar. Coleccionó gran número de revistas de segunda mano relacionadas con aviones que compraba en el carrillo de Mounir, cuando éste, si tenía tiempo y dinero, las encargaba en las librerías de la ciudad. Hussayne numeraba los distintos modelos de aviones perfectamente, tenía una memoria fotográfica, en eso consistía su placer.

"Desde el cielo podría ver las cosas con claridad", dijo Hussayn. Salah le escuchaba atentamente. Hadiya interrumpió la conversación sirviéndole un plato de comida, una torta de pan y una jarra de agua fresca. Tanto Salah como Hadiya vieron a Hussayn extraño. No le dieron importancia, al fin y al cabo era un joven formal, respetuoso, aunque bastante introvertido, de familia respetada. No estaba nervioso, sin embargo, había algo que le estaba cambiando. Hussayn no era un monstruo, pero estaba poseído por un espíritu dañino que le trastornaba las ideas lúcidas. Después de esa visita en casa de Salah, nadie volvió a verle. Al marcharse, Hussayn se despidió de forma efusiva y cariñosa, abrazó a Salah como si jamás volvería a encontrarse con él. Hussayn sabía perfectamente que si volviera a verle, él ya no se ría el mismo.

"La vida es un estado pasajero de locura", le dijo cuando se marchaba. Sus ojos se llenaron de angustia y unos retazos de su cordura se despedían de un mundo que deseaba abandonar, deslizó su mirada para no contagiar a Salah de su tristeza.

\*\*\*\*\*

Después de unos meses en extraña convivencia con aquel raro fenómeno, Idris buscó ayuda. Sólo los alfaquires podían explicar que era lo que le estaba sucediendo a la casa que les tuvo durante tantos meses en espera.

Una noche, Idris se levantó con sigilo para que su mujer no lo notara, recorrió las habitaciones y volvió por el pasillo silenciosamente de nuevo a su habitación. Le costaba volver a conciliar el sueño y estuvo pensando alguna solución al problema. Esperó a que amaneciera, se vistió deprisa y se dirigió a la casa de su cuñado Abdelkarim que era alfaquí y podía darle alguna respuesta a las chocantes cosas que en su casa estaban sucediendo. A su regreso, tras haber conversado durante varias horas con su cuñado, no solo entendió el problema sino que volvía con la solución. Que se hizo patente cuando de nuevo junto a su mujer, ésta le contó lo sucedido esa misma mañana durante la visita a su cuñado Abdelkarim. Por lo visto, la hija mayor, mientras limpiaba el garaje, tuvo una caída que la dejó con pérdida de conocimiento, y en el tiempo en que duró su inconsciencia se le apareció una mujer que le habló claramente: "Quiero darte un aviso: no volváis a tirar agua sucia por esta parte de la casa. Llevamos aguantando vuestra impertinencia durante todo este tiempo. Nosotros habitamos la casa mucho antes que vosotros la vierais acabada. Si no cambiáis de comportamiento os echaremos de ella, hasta ahora no os hemos dañado en nada, pero andar con cuidado o las consecuencias será muy malas."

-Cuando nuestra hija despertó lloraba angustiosamente y me rogaba que debíamos marcharnos de la casa -insistía su mujer entre temblorosa y aterrorizada.

-Lo sé, mujer, mi cuñado me lo ha explicado claramente. Me ha dicho que los Yinnson seres de libre voluntad que viven en la tierra junto a los seres humanos. A nuestros ojos son invisibles pues uno de los poderes de los Yinnes que pueden asumir la forma física que les plazca. Por lo tanto, pueden presentarse como seres humanos, animales, árboles o cualquier otra cosa. La mayoría de ellos habitan en áreas donde existen ruinas, donde hay suciedad, en baños, cubos de basura, corrales de camellos y cementerios. Además, hay Yinn que habitan las mismas casas en que las personas viven. Esto y no otra cosa es lo que sucede en esta casa y sufrimos nosotros.

Aquel mismo día, Idris y su mujer tomaron la decisión de abandonar la casa que durante tanto tiempo habían esperado y deseado. Y durante no sé sabe cuántos años nadie habitó la casa del cerro.

\*\*\*\*\*

[...] y al día siguiente se levantó de un humor de mil diablos. Su cuñada la esquivaba silenciosamente e intentaba no encontrarse con ella; es más, intentó no salir de su cuarto al patio central. A MahyubaButieb lo que más le preocupaba era el chismorreo de las mujeres del pueblo. Evitó por todos los medios que nadie llegara a conocer la verdad del drama conyugal. Sus vecinas estaban seguras que su marcha era definitiva pero no le comentaron nada ni le preguntaron con respecto al tema. En el pueblo todos imaginaban del porqué de esa marcha, pero en el fondo nadie se atrevía a fijar la causa.

Al día siguiente de su marcha, el aire se había caldeado agradablemente después de la fina lluvia de toda la noche. El cielo se despejaba y el azul cobraba una mayor intensidad. El suelo de cemento del patio aparecía recién lavado. Mahyuba Butieb decidida a no tener en cuenta las habladurías de las mujeres, se arregló el pañuelo, se colocó sus sandalias y bajó al centro del pueblo para ver si obtenía alguna información sobre la marcha de su marido. El dueño del cafetín donde su marido acudía en sus escapadas, le dijo que tomó el autobús que salía de madrugada y que llevaba suficiente dinero para llegar sin problemas a su destino.

"Me gustaría ayudarte más, pero eso es todo lo que sé de él", le dijo el dueño.

Tiempo después supo que se marchó a la capital, donde había conseguido por medio de un conocido trabajo de peón en una obra. Aquello hizo que Mahyuba durante días se encerrase en sí misma, no paraba de darle vueltas al tema. Supo que aquella marcha estaba planificada con tiempo de antelación y eso la enervaba más. No cambió impresiones con ninguna vecina, y fueron ellas la que en realidad se preocuparon. Pasó varios días sin salir de casa. Un tiempo después Mahyuba Butieb superaba su separación como tantos momentos duros de su vida. A pesar del mal que le hizo abandonándola, no podía odiarlo. Mahyuba era generosa a su manera. Se armó de paciencia y no le esperó ni un día, cumplió con el deseo de él. Cuando decidió comentar la marcha de su marido, muy seria dijo a sus vecinas:

"Era un simple cacharrero aburrido, nada tenía de especial". Y continuó: "El aburrimiento es señal de falta de fe en Dios. Significa que uno está harto de la vida y yo nunca lo estuve, pero creo que él sí. La vida es un don divino que tiene su camino trazado, nos guste más o nos guste menos. El mío estuvo orientado a deshora y de forma inadecuada, pero al menos he tenido la experiencia de vivir otra etapa de la que no me quejo. ¿Cómo puede un creyente encontrar la vida aburrida o pesada? ¿O ser desagradecido? Los hombres a veces se dejan llevar por tontos sinsabores", acabó por decir Mahyuba Butieb y las vecinas asintieron, pues cada cual tenía sus propios problemas.

\*\*\*\*\*

[...] aprovechando siempre nuestra debilidad humana, cargándonos de prepotencias, soberbia, banalidades y frívolas grandezas. La batalla a este ego, que permanece sigiloso a nuestro lado será ardua. Pero debemos ser perseverantes y determinar hacia donde queremos llegar. No podemos ni debemos ver en los demás un ego arrasador para cubrir el nuestro.

En ocasiones nos vemos extraños en este mundo. Allah nos observa continuamente, y a veces pienso que nos abandona cuando nos entregamos al ego desafiante.

Primero tenemos que saber quiénes somos, ordenar ideas, cavilaciones, hacer un recuento de nuestra existencia, reflexionar, analizar y finalmente valorar. Tal vez entonces podamos, con una brizna de sinceridad, acercarnos a ello con un simple y pequeño esfuerzo; sólo así, podemos entender algo de

nuestra historia, de nuestra vida. Ver con claridad el interior, el nuestro, es labor obligada.

El mundo es un tren que circula a toda velocidad y nosotros nos aferramos a toda prisa a esos vagones sin dirección definida, pues aunque nos parezca vertiginoso nos atrae esa velocidad. No importa a quien se pisa, estamos todos en una espesura que no deja ver, luego vendrán las trompadas de aquellos que persiguen alcanzarlo y ser de los primeros en llegar ¿pero a dónde? Olvidamos en el andén un cargamento de sentimientos virtuosos. Pero esos valores pesan, y no sé si queriendo o sin darnos cuenta, nos deshacemos de ellos. Nos gusta alcanzar las cosas de manera liviana, fácil de digerir.

No importa a quién pisamos: estamos en una jungla del sálvese quien pueda. Nos hemos convertido en esclavos de esta vida, y ello es una servidumbre que nos llena de mezquindad y ansiedad. Lo que por fuera parece todo en orden, en el fondo mantiene un desorden delirante. A veces el hombre parece haber perdido el sentido de la realidad, es más, sólo vemos una realidad ego céntrica. Una parte de nuestra vida se desvanece soñando, fantaseando, imaginando. ¿Pero alguna vez hemos conseguido poner cierto orden a todo ese barullo de percepciones y cavilaciones?

Todas estas historias, todas y cada una de las historias, las hemos transformado en sombras con imágenes proyectadas de una vida artificial, simples gestos abandonados. No tenemos en regla con nuestro propio ser. Probablemente habrá que parar, pensar qué hacemos en esta vida, cuál es nuestra función en ella.

He llegado a la conclusión que nadie ha sabido verse a sí mismo, de ahí que nos hayamos transformado en seres vanidosos. Nuestra capacidad de análisis se ha di suelto entre tanta arrogancia. El mundo se ha transformado en miseria, y lo peor, de miserias presuntuosas. Cuando las observamos, nos damos cuenta que hemos olvidado el sentido de la responsabilidad. Tenemos en el fondo la necesidad de decir quiénes somos y que es lo que estamos haciendo en este existir. Sólo así podremos alcanzar a entender el porqué de nuestra realidad. Aunque a veces mi decepción con el ser humano es tan tremenda que pienso si somos dignos de nuestra

\*\*\*\*\*

[...] horas mientras duraba la boda. Su mujer lo halló sentado, y lloraba igual que un niño.

"Acaso no hicimos lo mismo? Es ley de vida y ese es el lugar que le es destinado. Roguemos a Allah para que sea una buena esposa y una buena musulmana", dijo dando por finalizada la conversación.

Yamina no quiso añadir nada más, la sensibilidad de Salah estaba demasiado herida. Se sentó junto a él durante breves minutos en silencio, él la miró de reojo mientras pensaba que sin la fortaleza de Yaminapósiblemente su vida hubiera sido un mar de debilidades. Yamina siempre fue mucho más fuerte que él, quizás porque entendía mejor los avatares del destino en la vida de una mujer de la aldea. Ella

dejó sus padres para casarse siendo una jovencita, casi una niña. Salahy Yamina aún les quedaban un par de hijos por casar, pero la única hija les dejaba un hueco vacío en la casa y en sus corazones. Era una sensación extraña. Aquella experiencia les causó muchas angustias que tuvieron que encarar a lo largo de mucho tiempo. Pero bien era cierto que el tiempo todo lo curaba.

Cerca de la puerta en la habitación donde vestían y preparaban a Habiba, se oían unos pasos fatigados arrastrados sin fuerza, arrebatados por la aflicción. Salah apoyándose sobre su bastón caminaba lentamente recorriendo la casa, tal vez para sentir la presencia de su hija Habiba, pero sólo unas simples paredes frías le albergaban. No le apetecía ver a nadie, sin embargo, su casa, y el patio, estaba repleta de gente como habas en una huerta. Las mujeres iban de un lado para otro. Por un momento Salah se sintió anciano, no dudó que el tiempo había pasado dejando rastro en sus articulaciones, se sentía decaído. Salah había sufrido una caída junto al gallinero hacía unos meses. Aquella caída dejó secuela en sus articulaciones y necesitaba la ayuda de un bastón para caminar. Se curó el esguince o la rotura a base de cuidados naturales, masajes de aceite y hierbas en unguento, pero la marcha de Habiba, su única hija de sus cinco hijos dejaba una huella mucho más profunda que la caída que había sufrido. Salah comenzó su declive emocional con su ausencia. La vejez se aprovechó de su estado apático para hacer gala en su físico, aprovechándose de su añoranza. Aunque nunca abandonó el cuidado de sus animales a pesar de sus dolores y su caminar arqueado. El silencio sustituyó su dolencia que sin darse cuenta se había transformado en hábito. Sólo hablaba en su soledad para ser de los agradecidos a Dios.

"Si Allah quiere concederme el favor de ver felices a mis hijos, entonces podré decir que he acabado con una parte de mi misión en esta vida. Entonces el resto de ella sólo será para serle agradecido", se dijo Salah mientras limpiaba sus ojos menguados y enrojecidos.

La boda definitivamente acababa una semana después del intercambio de visitas como es tradición.